

NOTAS DE UN VIAJE  
POR ITALIA.

---

TURIN, MILAN, VENEZIA.

---

I.

*¡ Modane ! ¡ Modane !* Oigo este nombre repetido á gritos, cuando no hacia diez minutos que acababa de dormirme, por primera vez en toda la noche. Eran las cuatro de la mañana ; llevaba ya diez y siete horas de viaje, y soñoliento me incorporo, preparándome á las pruebas reservadas en ese lugar á los viajeros : un cambio de tren complicado nada ménos que con una visita de la Aduana. Sométome resignado á la segunda que es larga y fastidiosa, y aguardo mi turno, y trabajo por desatar las correas de mi maleta, contentándome con murmurar, entre dientes, una palabra italiana que Byron celebraba mucho por original y por expresiva : *che seccatura !* Pues pasamos la frontera, y estoy en un lugar de Italia, doime el gusto de vituperar en su propia lengua á mis verdugos.

Busco nuevo asiento en el nuevo carro, y á viajar otra vez! Vuelvo á mi sopor, sin curarme de que dentro de quince minutos penetramos en el famoso túnel del Monte Cenís. A esta hora nada se ve; los cristales de las ventanas, que el frío ha puesto opacos, no pueden bajarse por temor al humo, que despertaría casi sofocados á mis dormidos compañeros de prision. Cierro, pues, los ojos, y consagro un pensamiento á los ingenieros que designaron los dos puntos opuestos de la montaña donde comenzaron los trabajos, y obtuvieron el triunfo matemático de no perder la derechura de su línea en la oscuridad, y ver á los obreros de uno y otro lado encontrarse, al cabo de años, en el mismo lugar y en el centro mismo de la inmensa mole.

*!Torino! !Torino!* ¡Al fin! Hace cerca de diez y siete años que la ví por primera vez, vivo aún el conde de Cavour, cuando era capital de una gran parte de la Italia, y orgullosa pensaba serlo de toda la península: ahora una cabecera de provincia, una ciudad italiana de cuarto orden, nada, absolutamente nada. ¡Qué transformación! Recorro sus calles desiertas, sus inacabables portales, sus antiguos palacios, todo está muerto. Jamás he sentido mejor la frase sublime de Virgilio, las lágrimas de las cosas. *Sunt lachrymæ rerum.* Es una ciudad muy triste, por tanto interesante. Conozco otras en igual, y aún, si se quiere, mayor abatimiento, Venecia por ejemplo. Pero la

miseria de Venecia no inspira este género de interes, infunde lástima si acaso, y nada más; es como un mendigo con andrajos todavía de púrpura y que los ostenta para verlos relucir al sol. Turin, por el contrario, parece la viva representación de un formidable desastre, la ruina aún palpitante de una grandeza por siempre desvanecida; y los despojos de cataclismos morales sacuden el alma con fuerza tremenda.

Ahora la vuelvo á ver, y dejándome embriagar por su honda é incurable melancolía, siento que reviven en la mente recuerdos de la época de mi vida en que la visité primero, y la saludo con respeto, como á una antigua y desgraciada amiga.

Te reconozco, sí, que tu mudanza  
No es mayor, nó, que la mudanza mia!

Yo tambien llevo luto en el alma, ¡y qué luto! el duelo de *algo* con que soñé, que confundí conmigo mismo, en que todo lo esperé, para hallarme al cabo sin *ello*, y sin todo por consiguiente! Hace diez y siete años ignoraba yo lo que eran los dolores; ahora puedo repetir sin jactancia un verso célebre y desafiar al dolor á que de nuevo me hiera,—si encuentra dónde. Por eso te reconozco, Turin, y no me cansaría de compadecer tu suerte, si pronto no pensara que este duelo tuyo, que te honra y enaltece, lleva en sí mismo grandísimo consuelo. Te encuentras abando-

nada, abatida, sí; pero ¿cómo olvidar que eres la envoltura áspera y marchita en que se abrigó y creció un germen fecundo, un inmenso designio político, una de las grandes ideas de nuestro siglo, la unificación de Italia? Puedes mirar tu obra y decir que es buena. El árbol gigante demuestra con sus proporciones y lozanía el vigor de la semilla de la cual brotó.

Mas la resurrección de Italia no podía lograrse sino por medio de la guerra, los «dados de hierro» del destino sólo se tiran entre el humo y la confusión de los combates. El Piamonte, que lo sabía muy bien, durante casi un siglo se preparó al efecto. De ahí el carácter militar que, de un modo hasta á veces importante, ostenta en su decaimiento la antigua capital de Italia. Soldados por todas partes; de carne y hueso por debajo de los portales, pavoneándose con sus abigarrados y caprichosos uniformes; por donde quiera también, fijos é inmortalizados por el metal ó por la piedra.

Aquí, cuatro centinelas de bronce, de tamaño colosal, montando la guardia en torno del desventurado Carlos Alberto; allí, un soldado de mármol agitando su bandera en frente del Palacio Real; acullá, el vencedor de Goito; más léjos, el simple recluta que voló impasible una mina, no recuerdo dónde. Y esto sin contar la larga serie de antepasados de Víctor Manuel, todos más ó menos bandoleros, incluso y á la cabeza

el más ilustre de ellos, el vencedor de San Quintín, el general de Felipe Segundo, Manuel Filiberto, duque de Saboya, que envaina su espada en la plaza de San Carlos.

Puedo cruzar por el medio de las calles, detenerme en el centro á examinar monumentos ó edificios sin temor á los carruajes. ¿Hay carruajes en la ciudad? Miro en todas direcciones, y no veo ninguno. ¿Se han ido con Víctor Manuel á Roma, ó duermen acaso dentro de esos palacios encantados, que parecen no tener porteros, cuyas ventanas nunca se abren, y por cuyas puertas ni sale ni entra nadie?

Vuelvo una esquina y descubro otra estatua, de mármol también, pero de aspecto eclesiástico, la fisonomía al ménos, si no el traje. Ah! es Gioberti, fortísimo combatiente (dice el pedestal) de la idea italiana; ejemplar insigne (digo yo) de un molde que no existe ya, de una especie casi antediluviana, un católico liberal. El tipo ha ido borrándose y perdiéndose ante el ensanche que logra otro gran designio social, otra de las grandes cosas de nuestro siglo, el «ultramontanismo» religioso, la disciplina de los espíritus llevada hasta el último grado, la regla de San Ignacio aplicada al mundo entero.

¡Pobre Gioberti! mirando su estatua surgen y cruzan por mi memoria recuerdos desvanecidos de días de mi juventud. Entre los varios libros que escribió

hay uno, el « Ensayo sobre lo bello, » del que hoy tal vez nadie se acuerda, que contiene páginas elocuentes, y cuyas teorías sedujeron al catedrático de literatura y oratoria en la Universidad de la Habana, en aquel entonces; y el texto de la clase de Estética vino á ser, en un cuaderno manuscrito, una reduccion ó extracto de la obra de Gioberti. Yo, como alumno primero, y luego como profesor de un colegio ligado con la Universidad, me ví forzado á aprender ántes, y despues á enseñar, el susodicho cuaderno. La definicion de la idea de « lo bello, » inolvidable para mí, y que aparecia desde las páginas iniciales, era ésta:—« La union « hipostática é individual de un tipo inteligible con un « elemento sensible por medio de la imaginacion estética. » Ello por de contado no puede llamarse un disparate, pero ¿ cómo hacer penetrar en cerebros de catorce años (edad reglamentaria) semejante metafísico revoltillo? No lo digerí al principio, y cuando, más tarde, emprendí mil veces hacerlo entender por mis discípulos, acabé por convencerme de su invencible oscuridad para inteligencias no del todo desarrolladas. Ni un alumno en ciento, probablemente, lograba desenredar la mística maraña; todos empero tenían que aprenderla de memoria para decorarla en seguida como papagayos.

Este recuerdo acude á mi pesar, y es grato, porque renueva impresiones juveniles. No creo, sin embargo,

al repetirlo, faltar al respeto que te debe, quienquiera que se llame liberal, á tí, valiente autor del « Jesuita moderno. » ¡ Salve, Gioberti, salve! creiste con fé profunda, en dias horribles de borrasca, en la supremacia y la regeneracion de tu patria; y ya lo ves, el destino te ha sido propicio, tu patria regenerada te levanta estátuas. ¡ Dichoso tú!

Ando unos pasos por la via de San Felipe del Socorro, y desde léjos diviso otro monumento, de blanquísimo mármol, y creo desde aquí distinguir dos figuras. En efecto, es la conmemoracion de la verdadera celebridad piemontesa, del gran italiano de nuestros dias, como lo fueron Dante ó Maquiavelo de los suyos, Camilo Benso, conde de Cavour. La Italia en forma de mujer robusta, medio echada en el suelo (no sé porqué) y apénas vestida, le ofrece una corona de laurel; él, de pié, extiende con la mano un papel escrito. La obra en conjunto es mediana, como todo el arte al aire libre de Turin; en especial, los bajo-relieves de la base son de una vulgaridad que no logrará nadie exagerar. El parecido de la cara de Cavour debe ser exacto, recuerda sus retratos fotográficos; pero ese hombre tan grave y tan derecho, que mira hácia adelante con aspecto bastante torvo, no es el Cavour que yo llevo en la memoria, no es el político eminente, que frotándose las manos como expresion de su inalterable buen humor y con una sonrisa perenne en su

dulce y abierta fisonomía, sacudió la Europa, dispuso á su antojo de pueblos, de reyes y de emperadores, y amasó entre sus dedos de artista incomparable, de sublime escultor en pasta viviente, la suerte de su patria, fijando por siglos los destinos de la Italia y de una parte del mundo.

Es víspera de fiesta, el día de mañana se llama de Noche Buena, y los portales se llenan de gente. Todos sin embargo parecen moverse sin objeto, miran con indiferencia las mal surtidas vidrieras de tiendas un tanto raquílicas, y se pasean como cediendo á un hábito de antiguo arraigado, sin verdadero placer. Todos, hombres y mujeres,—y exceptuando los militares en número siempre crecido,—tienen un aire serio y grave, pero sin impertinencia; el carácter piemontés debe en suma ser de agradable comercio; mas yo no lo he de saber en tres días que me quedo aquí, ni lo lograría en treinta. Por tanto cierro la maleta, y en marcha!

## II.

Tomo el tren, recorro con moderada velocidad una vasta llanura desolada por el invierno, de evidente fertilidad, aunque ahora no descubro en ella más producto cosechable que el hielo de lagunas artificiales, que en pedazos informes amontonan sobre carretas dirigidas por muchachos de doce años.

*¡Milano!* Esto ya es otra cosa; centro perenne de vida italiana, las mutaciones de la política no imprimen aquí efecto decisivo. La capital de Italia puede viajar de Turin á Florencia, y de Florencia á Roma, sin que á Milan se le importe un ardite. Las calamidades mismas de la guerra pasan sobre ella, como pasó la dominación austriaca, sin apagar la fuerza vital que la anima. ¿Cómo disminuir ó acrecentar la invulnerabilidad de una ciudad que ha sido sitiada y tomada un número prodigioso de veces, y de ellas en una, destruida, arrasada por Federico Barbaroja hasta dejar las ruinas por medio del incendio, al mismo nivel del suelo? Pero si esto le da el derecho de llamarse resistente, no así el de creerse bonita, porque ciertamente no lo es, y su fama quizás exceda á sus merecimientos.

Claro está que yo no intento rivalizar con Manuales de Viajeros, y emprender minuciosas descripciones de objetos curiosos. Trato siempre, por el contrario, de pasar por *dupe* lo ménos posible, y sé bien que en cada ciudad,—fuera de la fisonomía externa del lugar, de la manifestación de su modo especial de ser, muy á menudo lo más importante,—sólo se encierran, para el que cuenta bien, unas pocas cosas dignas de particular recordación. En Milan, por ejemplo, no hay más que dos que me inspiren verdadero respeto, el *Duomo* y el *Cenacolo*; en Turin ninguna, salvo la memoria de Cavour.

Voy, pues, á visitar la famosa basílica, la gran catedral, aún no del todo concluida, no obstante datar su primera piedra del siglo catorce. El exterior con sus millares de figuras de mármol, un pueblo de estatuas, sus colosales proporciones, la delicadeza de sus detalles y la potente armonía del conjunto, es poco, es nada, á mi juicio, comparado con el efecto que produce lo interior. No es el templo más grande del mundo, San Pedro de Roma ó San Pablo de Lóndres son mayores; pero el *Duomo* tiene el privilegio de parecerlo, de dejar la impresion de alcanzar el límite extremo de la extension de un edificio. Los enormes pilares, que separan la nave central de las dos de los lados, parten atrevida y magestuosamente desde el piso hasta la bóveda del techo, hasta el cielo, iba á decir: una altura vertiginosa. Así, entra uno y se siente abismado ante tal grandeza. Nada interrumpe la vista, es la ménos adornada de las iglesias; allá, en el fondo, el altar mayor, que desde la entrada apénas se ve; luégo conté unas doscientas personas sentadas ó de pié en las cercanías del presbiterio, pero desde la puerta hubiera creído que aquel grupo lejano no se componi a de más de veinte y cinco individuos. Camino solo en todas direcciones, oyendo perfectamente el ruido de mis pasos, á pesar de que el órgano tocaba en esos instantes un trozo precipitado y alegre del oficio de la Pásqua, y que el agudo soprano de varias doce-

nas de chiquillos lanzaba notas penetrantes: pero nada, ni cuerpos ni sonidos, es suficiente á llenar esta inmensa caverna en una montaña de mármol!

La luz entra con dificultad al traves de los vidrios pintados de las ventanas, y el frio se hace sentir con fuerza. Instintivamente iba á cubrirme la cabeza, y nadie lo hubiese notado pues no veo gente sino á grandes distancias. ¡Qué deliciosa temperatura debe reinar aquí, en los días ardientes de Julio, cuando el sol calcina la vasta llanura de la Lombardía! Esta observacion la hizo ántes que yo, en este mismo lugar, si no me engaño, mi tocayo Enrique Heine, aunque con su impietad habitual: «El catolicismo (dijo) es una admirable religion de verano.»

Pero mucho más frio se siente en el refectorio del extinguido convento de Santa María de las Gracias. Jamás ha penetrado la humedad tan adentro en mis huesos, como en esta sala desolada á donde viene la humanidad, como en peregrinacion, para inclinarse ante los casi borrados vestigios de la *Cena* de Leonardo de Vinci, la primera en tiempo, y de las muy primeras en mérito, entre las grandes obras del arte de la pintura. Dícese que visitando Bonaparte este refectorio, en 1796, escribió sentado sobre el suelo la órden de que ninguna de sus tropas profanase con su presencia el lugar para siempre consagrado por el genio del sublime artista. La órden, si es auténtica, no

fué respetada, y el refectorio sirvió de caballeriza primero á los jinetes de su séquito, y despues de almacén de forraje. Me explico hasta cierto punto el sacrilegio. Suprimáse con la mente la obra de Leonardo, y no se hallará lugar tan parecido á una caballeriza como este refectorio. Más tarde una inundacion lo mantuvo por varios meses lleno de agua: calcúlense los resultados en un cuadro pintado al óleo sobre una pared. Pero los frailes mismos fueron los que cometieron el mayor sacrilegio desde los años de 1652, cuando, para agrandar una puerta, abrieron el muro, cortaron los piés de Jesus y de varios de los Apóstoles, y sacudiendo la pared hicieron caer al suelo pedazos de la pintura. De ahí las mil y una restauraciones que desfiguran la obra original. Es una verdadera leyenda de martirio.

Y sin embargo, todavía queda bastante de la gloriosa composición para justificar el pasmo de los siglos. Esas trece figuras agrupadas con una sencillez que encanta y un efecto que asombra; esas fisonomías tan diversas, tan características, y tan dóciles al mismo tiempo para expresar el pensamiento completo y armonioso del artista; todo ello envuelto para siempre en la más transparente y penetrante poesía,—es realmente el esfuerzo supremo de uno de los grandes genios del arte italiano.

Hechas estas dos visitas, he llenado la principal

parte de mi objeto; no obstante permanezco tres dias más, voy aquí y allá, miro el *Sposalizio* de Rafael que no es uno de mis cuadros favoritos; paso cerca del Arco de la Paz, más reducido pero más proporcionado que el de la Estrella de Paris, y me paseo por la novísima Galería de Víctor Manuel, donde observo, y á ocasiones admiro, el tipo de belleza de las mujeres lombardas, altas, corpulentas, con piés y manos grandes, facciones llenas de vigorosa expresión, sin el encanto de la dulzura, pero con la fascinación de la energía.

### III.

Venecia me llama; cinco horas y media de ferrocarril, un puente larguísimo, de casi tres millas, sobre la Laguna, y me deja el tren en la orilla misma del Gran Canal. Mi hotel se llama «de Europa,» pero tiene otro nombre mejor, ménos prosaico, Palacio *Giustiniani*, una de las mansiones aristocráticas de la antigua república, residencia ayer de una familia que se jactaba de descender de Justiniano, emperador de Oriente, decaida hoy hasta convertirse en albergue de forasteros: uno de los innumerables palacios de nombres sonoros y famosos que se elevan á ambos lados del *Canalazzo*, como dicen los venecianos.

La fortuna hasta ahora me sonríe; hallo en todas

partes un cielo claro y un sol magnífico; voy á hoteles frecuentados por huéspedes ingleses, que son siempre los mejores en Italia, y encuentro en ellos muy pocos pasajeros, pocos hijos de Albion por consiguiente, lo cual es una ventaja, á pesar de que en Venecia no es posible olvidar ni por un instante memorias de la Gran Bretaña. Pero entre el inglés «muerto» y el inglés «vivo» hay una enorme diferencia. Este, con su egoismo agresivo, su brusquedad inconsciente, su orgullo pueril, y más aparente que real, si bien se examina,—es un estorbo dondequiera; hace daño observar el modo como miran los cuadros y monumentos, acercando los ojos hasta casi tocarlos, y comunicando en alta voz las ideas más estrambóticas á sus mujeres, cuando no son ellas quienes las sugieren. El inglés muerto, por el contrario, ha hecho quizás en pro de la celebridad de Venecia más que todos sus duques y todas sus escuadras y todos sus combates contra Bizancio y contra el Turco. Ese puente del Rialto, que no se parece á ningun otro puente, con su único arco, atrevido y robusto, sobre el Gran Canal, y su doble línea de tiendas encima, es más célebre, para muchos, y para mí, porque allí cerca imagino el lugar donde Antonio concertó y prometió al judío Shylock, el inmortal mercader de Venecia, el interes de una libra de su propia carne. Cuando miro la sala del Senado en el Palacio Ducal, me persigue con mayor

obstinacion el recuerdo de Otelo y de Brabancio, que los otros mil episodios reales, históricos, de la vida de los nobles venecianos. Shakspeare pudiera, pues, tener en esta ciudad, donde nunca estuvo, un monumento, un arco triunfal como el que se eleva al Dux Francisco Morosini en una de las salas del citado palacio. No creo que lo merezca ménos; porque si éste lo obtuvo junto con el título de Peloponesíaco, por haber conquistado la Morea para Venecia, que no logró guardarla mucho tiempo,—el gran bardo inglés ganó renombre más duradero, conquistó el mundo para la patria de Porcia y de Desdémona. Dígalo si nó Verona que enseña orgullosa el sepulcro apócrifo de Julieta, y que ve más extranjeros acudir á visitar la tumba de la esposa de Romeo, que sus magníficos é interesantes restos del Anfiteatro de los Romanos.

Despues de Shakspeare, Byron,—y paso en silencio nombres distinguidos, como el del autor de «Venecia Salvada,»—para referirme sólo á los que gozan de universal reputacion. Si en sus tragedias venecianas, en su *Foscari* y su *Faliero*, no sube Byron á la excelencia poética de su sin par predecesor; si bien es verdad, además, que mucho han contribuido las dos obras mencionadas á extender la leyenda sombría y patibularia de una Venecia que ha existido sólo en la novela y en el teatro, un enjambre de espías, de disfraces, de verdugos y de puñales que no se parece á la





verdadera Venecia de la historia; en cambio, su nombre va adherido á la fama de la ciudad por una multitud de sucesos y reminiscencias personales. Apénas se hallará un viajero en ciento, áun sin ser inglés, que no mire con interes, al recorrer en su góndola el Gran Canal, aquel de los tres palacios de la familia Mocenigo que le señalen como la casa donde habitó Lord Byron. Yo, que soy acaso de los ménos dados á supersticiones, ni literarias, ni de otra especie, fui á visitarlo por ese único motivo, y me senté un instante junto á la mesa en que escribió varios de sus poemas el autor elocuentísimo del Canto Cuarto del *Childe Harold*. La influencia de Byron puede, á mi juicio, reclamar una buena parte de la multitud de extranjeros que anualmente visitan la Italia; ingleses y norteamericanos son siempre la mayoría y llevan á los otros la ventaja de tener en ese canto del *Childe Harold* una guía verdaderamente poética, cuyas magníficas *stanze* son en conjunto el comentario más elevado, más intelectual que se ha escrito sobre las riquezas del arte y la historia de Italia.

Seria fácil continuar sobre este tema generalizándolo y aplicándolo á toda Italia. Habria entonces que mencionar despues de Byron á otro poeta, que le es inferior en reputacion tanto quizás cuanto le supera en mérito, Shelley, que murió á los veinte y nueve años ahogado en el golfo de la Spezzia, y que concibió

su drama soberbio, *Beatrice Cenci*, ante el adorable y nunca bastante admirado boceto de Guido Reni, en el palacio Barberini. Pero me alejo de mi asunto, y debo volver á él.

Es domingo; un sol magnífico alumbrá la ciudad, aunque sin fuerza suficiente para disipar la niebla en el mar lejano, allá detras del Lido, ó en las montañas cuyos perfiles dudosos se divisan hácia el norte; pero la luz concentrada, por decirlo así, en la laguna, ilumina las torres y las cúpulas orientales que se destacan en todas direcciones contra el azul del cielo. Salto de la góndola en el muelle de la *Piazzetta*, y recorro la pequeña y originalísima plaza de San Marcos, con sus tres lados de columnas, y en el otro la extraña fachada de la Catedral resplandeciente de oro y de los mil colores de sus mosaicos exteriores. Los rayos del sol acercándose ya á su ocaso, dan de lleno sobre los cuatro caballos dorados, que ordinariamente apénas se ven por estar un poco adentro en la fachada; ahora el exceso de luz hace resaltar y sobresalir esos cuatro trofeos traídos de Constantinopla vencida y tomada por el dux Enrique Dándolo.

Una banda militar toca en el centro de la plaza melodías febriles del autor de la *Traviata*; desde léjos reconozco los gemidos de la agonía de Violeta. Toda la ciudad se pasea sobre las losas del pavimento que ninguna rueda de carruaje viene jamás á gastar ó des-

componer. Las mujeres de la clase aristocrática llevan sombreros á la moda de Paris, y á primera vista se parecen á las de todas partes; pero las demás, que son la inmensa mayoría, nada llevan en la cabeza, ó á lo sumo una punta de blonda negra en torno de la trenza de sus cabellos de oro rojizo, el color de tantos retratos admirables del Ticiano. Se pasean lentamente y miran con cierta altivez, natural ántes que estudiada. Sóbrales motivo, son bellas, son hijas de las mujeres que sirvieron de modelo para las madonas deliciosas de Giovanni Bellini, más humanas, más seductoras que las de Rafael, para las espléndidas mujeres que sólo ha sabido pintar el Ticiano, el emperador de los coloristas. Ello constituye un verdadero timbre de nobleza.

Hay multitud de curiosidades en Venecia y muchas merecen una visita; pero la maravilla es la ciudad en sí, con todos sus detalles mirados en conjunto, con sus mil extrañezas, sus palomas, sus calles estrechísimas, sus góndolas, la numeracion de sus edificios, su arquitectura fantástica y variada, su abatimiento mismo, y encima de todo eso el encanto de tanto recuerdo famoso, de tantos episodios novelescos. Cuando el cielo se muestra tan propicio como ahora, y un sol de otoño entibia estos días finales de Diciembre, siente uno, reclinado en la góndola, al deslizarse sobre los silenciosos canales, que lo invade la embriaguez de

la calma, y tal vez se dice que aquí pasaria tranquilamente el último tercio de su vida habituándose á amar la muerte, y verla venir como una dulce consoladora, en medio de esta quietud que parece una preparacion para recibirla.

¡ Puro delirio! ¡ simple ilusion nacida de la apariencia de las cosas! Esto, como todo lo demás, dura muy poco, reflejo fugitivo de una disposicion accidental del ama, un instante de poesía, que acaso seria insoportable si durase algo más que un instante. Pero Venecia impone al pasajero estas ideas melancólicas, y muy contento de sí mismo y de cuanto sobre la tierra le rodea, debe sentirse el que en ellas aquí no abunde. Si ante las tristezas de esta inmensa desolacion, si á la vista de esta pobreza abyecta que fué opulencia incomensurable, de este silencio sepulcral que fué ruido y movimiento y vida, piensa alguno todavía en su propia felicidad, no envidio la ilusion de ese bienaventurado..... Y no la envidio, sobre todo porque no creo que haya verdadero placer en tan profundo engaño.

*Venecia, Enero 1878.*